

consonni

**Stefanía
Caro**

Pómulo y lejanía



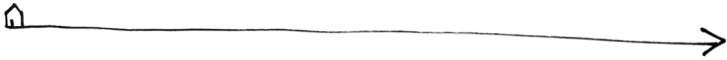
Pómulo y lejanía

Stefanía Caro. Pamplona, 1981. Periodista, amante de la danza y educadora. Le interesa el camino que une dos mundos: el cuerpo y la palabra. En realidad, le fascina todo lo que se mueve y habla.

La pasión por las letras le lleva al periodismo. Licenciada en Comunicación, comienza a trabajar en 2005 para periódicos de Barcelona, Granada y Pamplona. Más tarde se traslada a Berlín, donde produce reportajes para la cadena de radio Hessischer Rundfunk y colabora con la agencia de noticias Deutsche Presse Agentur (DPA). En 2011 se distancia de la prensa para dedicarse a las artes escénicas y al estudio del movimiento.

El interés por el cuerpo le conduce al aprendizaje de danza contemporánea. Bailando comprende las dimensiones de la felicidad. Indaga en la historia de esta disciplina, se adentra en las biografías de intérpretes memorables, de las grandes creadoras del gesto. Viaja a Egipto, Líbano y Turquía para entender el movimiento desde otra perspectiva. Le gustaría transmitir toda la poesía que siente al contemplar lo efímero del baile sobre un papel. En 2022 se propone contar todo esto en un libro, quizás uno que hable de un camino hacia oriente. Pero ese proyecto tardará años en tomar vida. En 2023 publica un relato en la antología *Veinte aullidos del pianista* (Ed. Demipage). A estos dos ámbitos, palabra y cuerpo, se une la supervivencia económica y el amor por la enseñanza. Actualmente combina su labor como escritora con la docencia.

Pómulo y lejanía



Stefanía Caro

Autoría **Stefanía Caro**
Corrección **Gemma Deza Guil** y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Andreas Embirikos** y **Matsi Hadzilazarou**
Impresión **Alva Nova Servicios Gráficos S.L.L.**
Printed in Spain

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición:
septiembre de 2024, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-29-2
Depósito legal: BI 00891-2024

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons CC Reconocimiento-NoComercial-SinObra-Derivada 4.0 Internacional CC BY-NC-ND 4.0.
Los textos, edición, traducciones e imágenes pertenecen a sus autoras/es.

Imagen de cubierta: Andreas Embirikos y Matsi Hadzilazarou, Atenas 1939.
Archivo de Matsi Hadzilazarou en el libro: *O Fotofraktis, Las fotografías de Andreas Embirikos*, Ediciones Agra, Atenas 2001.
© Archivo Histórico del Museo Benaki Leonidas Embirikos, Ediciones Agra

consonni es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

A Pilar
A Javier

«Vivir es una caída horizontal».

—Jean Cocteau

Preludio

El salón permanece en penumbra, apenas lo alcanza la luz tenue de la calle. El parpadeo verde de la farmacia alumbra algunos rincones y me permite distinguir mis manos. Sé que no debería pasar la noche sola, pero esta madrugada necesito escribir y recordar. No hay tiempo. Es preciso que ahora trace los pasos de una danza definitiva, el trayecto hacia mi propia caída. Tengo que ser fiel al descenso, dibujar una coreografía con rotulador rojo, dejar que nazca como un tachón, como un fracaso. Que muera nada más ser arrojada al papel. Me moveré con ignorancia. Hubo un tiempo de delicadeza y ensayos, donde marqué las pausas y acepté la cadencia inalterable del metrónomo. Pasó. Ahora hay que bailar a destajo, como quien descarga una pistola con los ojos vendados. Viene a mi memoria la imagen de una labriega a la que vi aniquilar una plaga de topos. Encañonaba un rifle y disparaba a ciegas contra la tierra. Después

quise imitarla, pero me faltó fuerza. Hasta hoy. Esta noche trazaré la coreografía que me permita no bailar nunca más.

Debería comenzar por una esquina para definir un trayecto. Procuraré que esta composición tome la forma de un camino entre dos mundos, mi cuerpo pasado y su espejo en el tiempo. Pero la tarea me supera, apenas puedo respirar. Observo a mi alrededor y percibo cómo el reflector de la farmacia de la calle se intensifica y su haz atraviesa la ventana del salón. Del exterior se desprende una conversación lejana, dos hombres compran medicamentos en el servicio de guardia. Mi salón se ilumina gracias al dolor de otros. Acepto esta lumbre nacida de úlceras y analgésicos, suficiente para dar vida a un manuscrito.

//

Comenzaré hablando del vacío. Lo conozco, lo habito. Lentamente voy derramando mi vida en cafeterías y dejándola sin contenido, inaugurando espacios donde antes existían ambiciones. He abandonado la escuela de danza, la amistad, todos los esfuerzos. Me dedico a pasear por la ciudad y atravesar las tardes en silencio. Mis días se asemejan a un extenso papel de pared donde la figura de un pájaro exótico se repite hasta el infinito.

Aun así, la danza. He pasado años trabajando en academias. El baile me ha llevado al movimiento y con este he alcanzado la insania, una rebeldía personal por desmontar el orden de los acontecimientos, empezar siempre por el medio, olvidarme del comienzo y no terminar nada. Bailar solo las primeras notas. Cada día me preocupo por torcer algo que esté recto o traicionar lo que aguardaba en paz. Ahora, vacía como nunca, he decidido buscar el cuerpo cero, mi carne previa y abandonar las escuelas. Quiero construir una coreografía y dedicarla a una única persona.

Mi madre, llamémosla T. Me pregunto por qué la he elegido para esta aventura. Quizás precisamente porque teme el movimiento y

sufre pavor cervical ante el suelo, o acaso por otra razón inconfesable: necesito indagar en su piel. Realmente desconozco la materia de mis intenciones, pero sé que hay un razonamiento amniótico, mojado de algo oscuro, que me empuja a citarla y proponerle participar en una coreografía, una danza que tomará la forma de un camino. Fuera de este trayecto quedará muy poco de nosotras.

//

Mi vista se agota en la penumbra. Los clientes de la farmacia marcharon hace un rato, se llevaron sus muelas tumefactas y sus infecciones hasta otros rincones de la ciudad. Ahora la noche ha quedado en silencio. Enciendo el flexo de mi escritorio, pero pronto reconozco su criminalidad, la bombilla es vieja, derrocha energía y emite luz con desmesura. Ha atraído una polilla, que enloquecerá seducida por su fuerza y sin duda morirá pronto. Mi universo en este momento consiste en una mesa, una pila de cuartillas blancas y una lámpara. El resto del cuarto fue devorado por la oscuridad. Es momento de trazar el punto de inicio, lanzar una flecha hacia el porvenir.



Desconozco a dónde me dirijo, pero hay que empezar por algo. Recorro en mi búsqueda a la historia de la danza. ¿Por qué bailamos? ¿Qué sentido guarda una coreografía? Una pista. En 1920 nacieron en París los Ballets Suecos con la intención de renovar los escenarios de la época, demasiados atados a las convenciones clásicas. En su fundación, sus creadores lanzaron un manifiesto provocador. Transcribo su mensaje bajo el resplandor fluorescente.

«Los Ballets Suecos no dependen de nadie ni siguen a nadie. Aman el futuro».

La compañía fracasó, pero su declaración inicial condensa el propósito de esta locura que hoy planeo: amar el futuro. Parece idóneo, pero nadie es capaz de hacerlo. Quizás hace más de un siglo fuera posible, pero ahora resulta una tarea estéril, una invención. Todo apunta a vivir el momento, a dejar de pensar y formular estrategias. La vida es ferozmente actual. Yo misma eludo el porvenir. Evito el azúcar, los lácteos, el esperma, los sufrimientos. Y sin embargo, me gustaría ser una amante del mañana, como los Ballets Suecos, como mi madre, como todas las madres del mundo. Ellas se esforzaron por generar otras vidas, por entregar algo al tiempo. Pero yo nunca deseé crecer. Quizás deba escribir una novela, suscribirme a un curso de maquillaje para que alguien extraiga algo de mí. ¿Qué he hecho durante estos años? Me he entretenido. Dejé los compromisos para dedicarme a caminar, a bailar los martes, a fingir que mi persona es la misma cada día. Quise creer que no estoy sometida a los cambios. Y llega un día como el de hoy que lo desbarata todo. Escucho las conversaciones de los clientes de una farmacia de guardia, desesperados por el sufrimiento y la neumonía y pienso que no estoy tan enferma. Me engaño. Ya no hay ninguna promesa en mí. Donde hubo ilusiones, ahora queda vacío. Mi cuerpo de hoy es la incógnita de mi cuerpo futuro.

Quizás deba recurrir también a la medicina. En estos momentos la polilla vuela en círculos estrechos. La infeliz no puede evitar el frenesí y se agota. Si sus alas llegaran a rozar la bombilla, moriría como Ícaro. Hubo un momento de la madrugada en que me pareció comestible, incluso una buena compañera nocturna, pero ahora necesito que encuentre la ventana y huya todavía con vida. Apago el flexo, el salón vuelve a latir en verde. Espero hasta divisarla alejando hacia el exterior y abro el balcón para facilitar su salida.

Dentro de unas horas llamaré a T. De alguna manera intuyo que el pasado es mi última certidumbre. Envejeczo y es preciso buscar el cuerpo cero, el punto de inicio. Debemos regresar a los vientres que nos precedieron, estudiarlos y quedarnos dentro.

//

Nosotras nunca hablamos de nosotras. Mucho menos de nuestro cuerpo. Aproximarme a T. con palabras hechas de piel supone cruzar una frontera que espanta y fascina al mismo tiempo. Desconfiará de mis intenciones, buscará excusas para permanecer en su quietud. Yo la invitaré a un viaje, pero temo que ella lo rechace. La postración la alimenta.

Debo contar en estas notas que T., mi madre, apenas se mueve. Una tarde dejó de caminar. Paseaba por una calle bautizada con nombre de payaso y se detuvo ante el escaparate de una papelería. Observó la realidad que sucedía más allá del cristal y alejó la mirada para analizar su reflejo. Después quedó clavada sobre la acera. No halló ninguna razón para dar un nuevo paso. Hubo que acudir en coche para transportarla a casa, donde se sentó rápidamente en el sofá y permaneció inmóvil durante el resto del día. Cuando le preguntaron qué había ocurrido, explicó que aquella vitrina no reflejaba el suelo. Lo buscó, pero había desaparecido. «No había un lugar para pisar». Después de aquello, se atrincheró en su sofá durante meses. Cuando por fin se puso en pie, emprendió sus paseos con lentitud. A partir de entonces, inauguró una época en la que se desplazaba en trayectos cortos, por calles oscuras, presa de temor al cemento. Mi madre no me imagina componiendo esta coreografía. Un camino, una línea. Tras la noche viene la alborada y la espero aún despierta. Al apagar la luz me doy cuenta de que el salón ha dejado de parpadear.